

Un libro de *ATILIO LUIS VIGLINO*

ROBERTO ARLT

Los Fantasmas
y
Los Espejos



Una interesante revisión por la obra completa de Roberto Arlt, un ensayo sensible que analiza y nos trae a la luz todos los pormenores de la vida del gran escritor y periodista, y como cada momento detallado hizo eco en su gran producción literaria.

*Esta obra fue escrita por mi papá a principios de la década del 70.
Publiqué este libro en su memoria.*

Marcelo

En sus primeros años se representó un drama litúrgico del que él era el oficiante; conoció el paraíso y lo perdió, era niño y lo expulsaron de su infancia.

SARTRE

Comencemos por compaginar la escenografía; Ciudad de Buenos Aires, barrio de Flores año 1900, quintas, retazos coloniales, tierra y empedrado.

Es el contorno hacia el que se arroja a los inmigrantes y a las clases trabajadoras locales que, a su imagen y semejanza, construyen el cinturón suburbano.

Todavía el tiempo social no nos interesa porque nuestros personajes aún permanecen al margen de los hechos que soportan sin alternativas.

Él es Carlos Arlt, prusiano, desertor del ejército de su patria convertido en trotamundos duro y egoísta; ella, Catalina Lobstraitzter, campesina de Trieste que nada tiene que ver con la rudeza imperativa del esposo. Arrojadados en estas tierras en aras de un sueño subyugante y de una realidad sin contemplaciones, instalan por aquellos suburbios porteños un hogar que no marcha bien, más que por urgencias económicas, por la insalvable distancia que separa al matrimonio. En tales circunstancias la llegada de los hijos no mejora los términos del planteo, antes bien, los agudiza. Mientras el padre emprende prolongados viajes hacia los yerbatales mesopotámicos en busca de aventuras y pesos, la madre apunta sus muchas frustraciones hacia la religiosidad y las ciencias ocultas. Para ese matrimonio descalabrado en la propia frustración y en ese desencuentro sordo, propio de las gentes que no saben provocar la comunicación ni hallar definiciones para las cosas que los atribulan, resulta natural el alejamiento, mejor, el extrañamiento que el tiempo trae naturalmente entre padre, madre, y, por supuesto, los hijos, que ya son extraños de antemano porque sufren la educación como dominio^[1].

El tiempo no hará sino profundizar los desencuentros; por un lado el padre, sostén económico y amo indiscutido. No es imprescindible su presencia para que gravite sobre el núcleo; actúa también por proyección; por influencia de su recuerdo del que la esposa e, aún, involuntariamente, transmisora. Por otra parte, ella ha acomodado el quehacer cotidiano a su medida, de acuerdo a sus urgencias. Los hijos pasan a un plano secundario sin posibilidades. Les llega el cariño materno, es cierto, pero les llega a través del ser conflictuado que es ella, preocupada primero por atender su propio papel en la vida, por superar sus frustraciones. Así los valores padre y madre se les dan a los chicos por separado y se descubren ellos mismos como intrusos en medio de dos vidas unidas sólo por los formalismos y el caprichoso acatamiento recíproco de un estado de cosas absurdo. No obstante dependen de aquéllos y sus actos son regenteados por ellos. Ante la ira paterna, la madre tiende hacia ellos un invisible lazo de acuerdo insinuando una secreta conspiración, pero es la encargada de velar porque la presencia del hombre no se diluya en su ausencia; ya no es la madre complaciente sino que ha tomado aspectos del ausente para compensar su falta. ¿Y cuándo es completamente ella misma? Nunca. Ha resignado posiciones en áreas del matrimonio que admite el absolutismo masculino. Se busca mientras aquel emprende sus viajes, pero, puesto que debe representarle, nunca será ella totalmente. Una perpetua proyección siempre frustrada.

Los hijos están solos. Comparten un edificio que se derrumba y son los receptores inocentes de los escombros. Cada uno juega su propio papel antes que integrarse al conjunto homogéneo, y si el padre se refugia en la ausencia y la madre en el misticismo, para los niños no existe otra chance que soportarse como despojos. Establecen tácitamente un acuerdo de mutua cooperación pero son apabullados. Tempranamente han advertido el clima que los rodea pero no logran evadirse porque cuando el problema

se les revela es porque ya están atrapados. Son víctimas como otros son beneficiarios. Puesto que no es posible elegir a los padres no queda sino soportar o disfrutar el mundo que ellos tienen reservado; para cuando queramos decidir por nuestra cuenta ya estaremos contaminados.

El mundo que el pequeño Roberto y su hermana Lila comparten es agobiante pero los alcanza en forma diferente. Ella es mujer, es menor y es enferma. Es, por lo tanto, la acreedora elegida por la débil corriente de afecto que alcanza a los hijos. Roberto ésta solo aunque su hermana se esfuerce por no abandonarlo. Ella establecería más tarde un puente entre su hermano y la madre pero será siempre una comprensión pasiva, cargada de palabras y de gestos amistosos, pero sin gravitar decididamente en la cuestión. El único que actúa allí es el padre, lo soportan todos, aunque de diferentes maneras; su esposa porque ha decidido que debe soportarlo, selló su futuro al casarse y aceptar una compleja malla de prejuicios que limita sus aspiraciones; la hija, débil porque antepone al drama familiar uno más atendible como lo es tratar de sobrevivir. Pero el muchachito no tiene barreras que lo protejan. El padre puede descargar sobre él todas sus baterías. La madre no lo ataca, pero tampoco lo defiende. Sólo puede ofrecerle palabras, colaboración espiritual y un cariño manso para tiempos de calma. Podemos creer que sufría viendo sufrir a su hijo, y aún más, que sufría doblemente por su hijo y por su propia impotencia. Pero Roberto sigue estando solo ante la ira soberana.

Al principio el castigo es excesivo y, sin duda, inmerecido. Ningún niño en sus primeros años podría medir jamás la dimensión de sus actos a los ojos de los padres, pero el padre se obliga (o mejor, se supone que se obliga) por serlo, a comprender el universo de su hijo. Si don Carlos no comprende a Roberto es porque no lo intenta siquiera, convencido que él es el dueño de los valores, de la verdad. O bien otra variante siniestra; no lo intenta porque Roberto

significa la única salida posible dentro de la impunidad para sus fracasos y rencores acumulados; el niño es una vía de escape siempre posible, (siempre hará algo que al padre le disguste), puede actuar y graduar el castigo según le plazca. Es juez y verdugo que ejecuta su propia ley. Es lo absoluto, es Dios. Es la totalidad que la vida cotidiana le impide ser. Él se logra plenamente y hasta podemos creer hoy que sin remordimientos, pero es a partir de allí que su hijo comienza sentirse apabullado. ¡Vamos! Comienza a sentirse culpable. Kafka ese otro atormentado por la imagen paterna, dirá que su apabullamiento nació «... porque tú eras para mí la medida de todas las cosas»^[2]. Así, la medida de su padre, ha hecho en Arlt un culpable. En *Los lanzallamas* dirá: Pocas veces Erdosain retrocedía a los tiempos de su infancia. Ello, quizá se debiera, a que su niñez había transcurrido sin los juegos que le son propios, junto a su padre cruel y despótico que lo castigaba duramente por la falta más insignificante^[3].

Descubrirse culpable es descubrirse sol. Comparte fugazmente sus angustias con Lila como Kafka compartió las suyas con Otlá, sin llegar a comprometer nunca el orden impuesto. Por otra parte, son culpables para ese orden, de él reciben una tabla e valores y cuando más tarde lo cuestionan no llegan nunca al fondo del problema sino que se limitan a intentar modificaciones aparentes sin herir nunca la raíz de la estructura. Por eso no se verán nunca como totalmente inocentes, porque al aceptar paralelamente la dimensión del opresor están legitimando sus decisiones. Por eso, ya veremos, sentirse culpable es, al mismo tiempo habilitarse para nuevos castigos porque han ingresado a un círculo vicioso que ya no los dejará jamás. Habrá que volver al comienzo y descubrir allí el origen del mecanismo; están dentro de una sociedad pero son arrojados fuera de ella por un miembro omnipotente que los sentencia circunstancialmente. Luego, crecen y se educan en un orden que contiene la razón por las que se los ha marginado y ese or-

den les prestará sus propios ojos a través de los cuales no podrán sino reconocerse como culpables. La sentencia circunstancial se ha convertido en sentencia a perpetuidad, puesto que han sido expulsados y en nombre de los valores de aquel orden, deben permanecer al margen.

Ya veremos que sus intentos por definirse, —dentro o fuera del orden establecido— nunca pasan precisamente de ser intentos que llevan en sí mismos las razones del fracaso. Elegidos por otros se asumen a sí mismos como condenados, es decir, reconocen el derecho de los otros a condenarlos. Sin embargo, al aceptarse se separan, optan por la soledad. Es decir; de ahora en más sólo podrán lograrse a sus propios ojos, han sido expulsados y serán lo que se hagan de acuerdo con su propia perspectiva. Pero es apariencia; tienen de los otros la cultura, los niveles sociales, la ética. Los usan desde afuera, eso es todo. La independencia de que gozan es sólo independencia para hacer con sus cadenas lo que les venga en ganas. Últimamente; lo pueden todo menos zafarse.

¿Y si el condenado se suicida? Ya está estudiado; no hace sino sellar su propia derrota, cortar de raíz las posibilidades. Un condenado que se suicida es doblemente culpable; ante los otros y ante sí. Es un fracaso total. Sin duda el niño torturado que no se mata en sus primeros años no especula, soporta con estoicismo irracional tormentos incomprensibles y, entretanto, se inventa un futuro. Aún como verdugo de torturadores, de cualquier manera, se proyecta, opta por seguir aunque el mañana no sea sino una ambigüedad difusa porque el niño en cuestión no conoce otro estado que el de condenado y entrevé borrosamente la posibilidad del censor.

A una idea deformada del mundo corresponde una idea deformada de Dios. Porque Dios es de los otros, de los que señalaron a un inocente. Y si Dios dio su visto bueno, ¿cómo hará el niño para quererle? ¿No le han dicho acaso que Dios lo puede todo? Por eso el niño le teme hasta que ad-

vierte que ese Dios Infinitamente Bueno no le protege; ni ese Dios Todopoderoso logra detener la ira de su padre. Luego, cuando temerosamente supone a un Dios Infinitamente Malo convertido en cómplice de su padre, se animará a odiarle hasta que finalmente, liberado, se desentenderá de él. Aunque no lo sabe, al imaginarse hacia adelante ya está liberándose de la tutela de Dios, ya prescinde de él, pero el verdadero sentido se le revelará mucho después. Inicialmente creerá que acata un mandato divino. Sin embargo ya rechaza —aunque no puede sino soportarlo— al emisario del absolutismo; su padre. El temor ya ha comenzado su metamorfosis; ahora es rencor. El culpable inocente comienza a vivir como culpable, empieza a construirse y a merecer los castigos que recibe. Para odiar necesita de la injusticia; para sufrir necesita que le castiguen; y para saldar su culpabilidad necesita provocar el castigo expiatorio. Puesto que lo ha provocado no existe la injusticia, entonces es evidente que es culpable. Y así hasta el infinito. El odio ha comenzado a nacer con las injusticias primeras e indudables y la opresión constante se encarga de alimentarlo.

El hogar del trotamundos prusiano no se estabiliza, sobrevive apenas al desequilibrio afectivo y económico. Roberto inicia sus estudios primarios, pero pronto (apenas llega hasta 3.^{er} grado), los abandona para ingresar a la dura disciplina del trabajo. ¿Qué es entonces? Un conjunto malformado por nociones dispersas; padre, madre, hogar, Dios, bien, mal, que deben ser revisadas porque su experiencia no ha encontrado la imagen cotidiana que le habían enseñado. Su padre no aquello que dicen los otros, sino lo absolutamente opuesto. Luego, puede ocurrir que se le engañe en otros órdenes. Pero la marcha hacia la liberación es pura intuición y no un acto reflexivo; conoce el problema, no las soluciones. Solo comienza a admitir que está alojado en un mundo terrible y que debe decidir a toda prisa. Ha dejado en un rincón malherida a la deidad, a la hegemonía padre-madre, al mundo de los otros. Entonces

descubre el hálito renovador de los héroes y en ese reino de fantasía se refugiará de las frustraciones domésticas. La magia de Rocambole lo subyuga; he ahí un triunfador, por sobre los hombres, por sobre Dios, en un mundo encantado sin acceso desde el exterior. Y allí Arlt enrola sus primeras esperanzas. Él, que no tiene autoridad como su padre, que no posee fortuna como sus patrones surgirá para el mundo como un héroe. Ser un bandido grande como Rocambole^[4] no es oportunidad como para despreciar. Más adelante habrá un Ponson du Terrail para él que contará sus hazañas inverosímiles con un dejo de orgullo y Roberto Godofredo, caballero de Ventimiglia, señor de Rocabrúna, capitán del Ballenero *El Taciturno*^[5] habrá ganado para siempre su lugar en la historia de los hombres.

Aunque no lo sabe aún, acaba de definir su futuro partiéndolo por el medio, para siempre. De ahora en más, verdad y ficción se entrecruzarán interminable y confusamente, hasta el agotamiento. Por eso, cuando hablemos de la duplicidad que rodea sus decisiones no le reprocharemos mala fe. Su duplicidad no es el acto astuto de un ventajero, sino el acto irremediable de un condenado. Se bifurcará sin decidirse nunca en forma total, en un vaivén agotador e incomprensible, se angustiará en una búsqueda insaciable siempre porque no ha definido sus fines. Vagamente incluye las motivaciones, pero está seguro, como Kafka, que llegar es parar. Vive partiendo hacia ambos frentes a la vez para completarse. Por supuesto, no lo logra nunca y vive en la angustia de la insatisfacción perpetua.

Llegar a autoconvencerse de que es culpable o, lo que es igual, que es diferente que el común de los niños y descubrir el mundo de la ficción como el único capaz de albergar sus posibilidades, son las dos etapas fundamentales de su infancia. Allí descansa todo el armazón que paciente-mente irá construyendo en el futuro; para comprenderlo mejor habrá que volver reiteradamente los ojos a su niñez y revisar la suma de acontecimientos negativos que la rodea-

ron. En una carta a Pascual Naccaratti, la madre del escritor dirá muchos años después: Nadie supo nunca lo que Roberto ha sufrido; tres años estuvo su padre sin hablarle. Su primera juventud fue muy trágica, su vida y la mía fue una tragedia, por eso sus escritos tienen tanta angustia^[6].

Por su parte el escritor pondrá en labios de Erdosain esta triste confesión tan identificada con su propio pasado; Si... mi vida ha sido horriblemente ofendida... humillada. Créalo, capitán. No se impacienta. Le voy a contar algo. Quien comenzó este feroz trabajo de humillación fue mi padre. Cuando yo tenía diez años y había cometido alguna falta, me decía: «mañana te pegaré». Siempre era así, mañana... ¿se da cuenta? Mañana... Y esa noche dormía, pero dormía mal, con un sueño de perro, despertándome a media noche para mirar asustado los vidrios de la ventana y ver si ya era de día, más cuando la luna cortaba el barrote del ventanillo cerraba los ojos, diciéndome; falta mucho tiempo. Más tarde me despertaba otra vez al sentir el canto de los gallos. La luna ya no estaba allí, pero una claridad azulada entraba por los cristales, y entonces yo me tapaba la cabeza con las sábanas para no mirarla, aunque sabía que estaba allí... Aunque sabía que no había fuerza humana que pudiera echarla a esa claridad. Y cuando al fin me había dormido para mucho tiempo, una mano me sacudía la cabeza en la almohada. Era él que me decía con voz áspera «Vamos... es hora». Y mientras yo me vestía lentamente, sentía que en el patio ese hombre movía la silla. «Vamos» me gritaba otra vez, y yo, hipnotizado iba en línea recta hacia él: Quería hablar, pero eso era imposible ante su espantosa mirada. Caía su mano su mano sobre mi hombro obligándome a arrodillarme, yo apoyaba el pecho en el asiento de la silla, tomaba mi cabeza entre sus rodillas y, de pronto, crueles latigazos me cruzaban las nalgas. Cuando me soltaba corría llorando a mi cuarto. Una vergüenza enorme me hundía el alma en las tinieblas. Porque las tinieblas existen aunque usted no lo crea^[7].

¿Y la madre? ¿Y Lila? Nada. Roberto indefenso frente a don Carlos Todopoderoso. La visión retrospectiva mantiene vigente toda la ceremonia de la condenación desarrollada a lo largo de varios años. Cada vez que quiera encontrar su verdad tendrá que desandar el camino para tropezar con los recuerdos odiosos, y cada tanto ha de volver, para mantener abierta la llaga, a hurgar como distraídamente en ella, hasta recobrar el dolor necesario para seguir. Ése es el origen de esta verdad lamentable que él es y regresa porque necesita justificarse a sí mismo el desconcertante caos en que ha convertido su vida. Sería absurdo pretender descubrir, como quiere Raúl Larra en su libro (pág. 19), alguna vocación, alguna dirección definida. Ese niño azorado que huye del padre cae entre un mundo feroz convulsionado que él no entiende por ahora, pero no se le borrará la visión que lo conmueve. Por el padre ha medido la gravitación del poder; en los comercios por los que deambula como aprendiz o cadete comprende la importancia del dinero. Es decir que pronto, muy pronto sin duda, ha determinado la vigencia de dos factores dominantes que habrá de obsesionarlo el resto de su vida. Mientras tanto, desde su insignificante lugar planifica un futuro heroico. Pero no hay que preocuparse; divaga, sueña, juega con la ilusión. Es la única apertura a la que puede aferrarse dada su edad y las circunstancias. Lo que él no sabía entonces era que no iba a desprenderse más de ella, y más, que a cierta altura de su vida iba a ser, como en esos comienzos, todo su capital.

¿Qué es Lila mientras tanto? Lila también está condenada, pero por otra mano. No es un problema de hombres, sino de Dios. Desde pequeña fue débil y enferma. ¿Puede reprochársele a los padres haberla protegido? Por el contrario. Como un castigo divino, se lo acepta sin opción, sin protestar y sin mayores esperanzas de triunfo; se cumple un ritual expiatorio conjunto en acatamiento silencioso de la Voluntad Suprema. Lila nunca fue eje de ninguna esperanza; se sobrevivía pesadamente, es decir, nunca podía de-

fraudar a nadie porque el depositario de todos los planes es el varón. Es el mayor, es sano, es el indicado para suceder al padre en la conducción del hogar si aquel llega a faltar y, he aquí el nudo de la cuestión, es el destinatario inexcusable para continuar su obra, de proyectarlo, o sea, de ser lo que el padre quiere que sea. Pero el idilio padre-hijo nace muerto y Lila y la madre son testigos impotentes ante lo irremediable. La batalla no les pertenece, no es cosa de mujeres. Sería ilógico creer que, al comienzo, el padre quisiera más a Lila que a Roberto. Pero ésta es su válvula de escape más factible, más tarde cuando el varón no respondía a las órdenes, cuando no-era-lo-que-tenía-que-ser, puede actuar libremente: Está justificado. Poco después cuando Roberto deja la escuela y luego Lila, no sólo concluye el ciclo primario sino que se proyecta hacia estudios superiores, la cosa se torna insostenible frente a esa hermana que, a pesar de su tuberculosis, estudia^[8], culpable ante una abstracción incomprensible, víctima de la prepotencia, ahora es un culpable real con su propia hermana como víctima. ¿Cómo no reconocerse? Poco importa que todo el planteo esté caprichosamente torcido. Ni Roberto ni Lila pueden advertirlo y quienes pueden, insisten en acusarlo.

A partir de entonces la vida en el hogar paterno se vuelve insoportable. Ya es el intruso que el censor señala; ya es definitivamente otro. Aislado, no dispone sino de su fantasía; alojado en su soledad, sabe que fuera de sí mismo está perdido. Hay que vivir en guardia permanente, desconfiando, al acecho. Puesto que se siente amenazado y conoce sus limitadas posibilidades habrá que salir de la fortaleza sólo para golpear primero y volver al refugio. Pero es un planteo hueco. Arlt, que no proviene de un hogar como los otros, tampoco tiene estudios o un oficio, a alguna condición excepcional; él ni siquiera posee un idioma para expresarse. En su casa se habla alemán, italiano y un español viciado por injertos foráneos o locales. Su lenguaje responde al conjunto que es su persona: Una colección de retazos

sin seleccionar. Salir entonces, es salir a perder. Entregarse sin defensa a la maquinaria montada que terminará por destruirlo totalmente. Pero perder es afirmar su valor absoluto, es verificar que es la víctima que los otros necesitan, es saber que sigue siendo culpable, que sigue siendo el otro de siempre. Y es al mismo tiempo alimentar esa corriente subterránea que lo anima a seguir, como reclamando una imposible revancha, con la esperanza de que en algún punto del futuro volveremos a encontrarnos.

Se dirá: Cómo es posible que siendo tan apabullado en la infancia, tan torturado y marginado por la vida, no decida abandonarlo todo, ¿entregarse vencido? Y más luego, leyéndolo, ¿cómo pudo ser optimista dentro de una sociedad que lo ultrajó? Veamos; Hemos dicho que la decisión de continuar no le pertenece racionalmente. Se descubre continuando y listo. Luego, cuando el suicidio es una posibilidad, no intiman. Mantienen un coqueteo romántico.

Ya ha partido por el medio y futuro; ya ha decidido (sin saberlo) que nunca se decidirá totalmente. Y el suicidio es una decisión absoluta por excelencia. Es la misma época en que apunta hacia el mañana con fiereza pero sin convicción. Subsiste para afirmar una vida despreciada desde el comienzo a la que sólo él puede darle un sentido definido. Está ante un gran enigma en el que aquella gran ventaja puede ser también su peor desventaja. Si es cierto que el hombre es lo que se hace no hay tiempo que perder. Está al margen y, sin embargo, puede tomar de la sociedad lo que le plazca y servirse de ello en propio beneficio. Ya está proscrito. Puede elegir la santidad o el crimen, la burguesía o la revolución, fiscal o víctima. No es fácil. ¿Con qué elementos cuenta para optar? Y Arlt no elige. O mejor, elige TODO. Opta por la duplicidad que él mismo descubrirá mucho después. Verdad para las frustraciones; ilusión para su cuota de dicha mezquina. Ni dentro ni fuera del mundo, sin dentro y fuera. ¿Especulación? No. Tragedia. ¿Cómo podría especular un condenado? Además hay evi-